—Pero ¿no ha mejorado el nivel de vida, la expectativa de vida en general? —preguntó Marina.

—Sí, un poco. No importa, las proporciones y las cantidades relativas no reflejan la verdad del individuo, importa el número absoluto de las víctimas del hambre o de otras desgracias. Hay que contar el ser humano de uno en uno. Y uno más o uno menos ya hacen una diferencia, como se ve fácilmente cuando uno piensa que tal persona más o menos puede ser él mismo o alguien querido por él. Nadie añadiría a su hijo al conjunto de niños hambrientos si lo puede evitar, lo cual es razonable y exigible. Así que por supuesto importa el alcance cuantitativo. Menos hambrientos, es mejor que más. Es perverso plantear las cosas en términos de todo o nada. Lo hacen los relativistas para escaquearse, escudándose en la nada, y los fanáticos para darse de bruces en pos del todo. Siempre habrá problemas terribles, pero podemos reducir el número de afectados. ¿Qué se hace con las violaciones y otros crímenes? Se persiguen para que afecten al menor número de personas posibles, aunque no se consigan erradicar del todo.

Entonces hizo una asombrosa intervención la guapa novia de Marina:

—Todo depende —dijo—. No creo que sufran mucho por el hambre en África. Allí están acostumbrados.

—Pero ¡cómo puedes decir una cosa así! —saltó Marina sin darle tiempo al hombre a reaccionar de forma aún más vehemente, algo probable, conociéndole.

Se preguntó Karsten si Marina le perdonaba su necedad por su belleza. Y se preguntó también si, llegado el caso, él también le perdonaría a Laia esa ausencia de luces. La respuesta se inclinaba hacia el sí. Pero no se daba esta hipotética situación, ni parecía factible. Y, en cualquier caso, mirado con seriedad, ciertas actitudes, merecen un juicio claro y rotundo. Así que dijo, sacrificando la buena relación:

—Deja de comer durante tres días, creo que con dos ya bastaría, o uno, y luego hablaremos. Me da la impresión de que tú eres de las personas capaces de montar un escándalo cuando les pica un mosquito y, al mismo tiempo, de burlarse de los problemas un tanto más graves de los demás. Se te ve en la cara.

—A ver. Sin insultar, por favor —intervino Marina.

—Me voy a pedir un bocadillo —dijo Laia con tranquilidad, a la que por lo visto le había entrado hambre con el tema de conversación.

—Si te acostumbraras a comer menos, como los africanos, te podrías ahorrar bastante dinero —dijo él, a lo cual Laia replicó:

—Es verdad, pero tengo dinero suficiente. ¿Para qué ahorrarlo? El dinero no tiene importancia.

Se levantó para acercarse a la barra. Luego se fue con su bocadillo a otra parte.